

que en la definición de soberano y soberanía encontró un punto de contacto con Schmitt que va más allá de la tesis de la secularización. Es el concepto de «estado de excepción». En *Sobre el concepto de la historia* (1940) escribió: «La tradición de los oprimidos nos enseña que el estado de excepción en que vivimos es la regla. Debemos llegar a un concepto de historia que corresponda a ello. Entonces se nos presentará como nuestra tarea ocasionar el real estado de excepción...»<sup>6</sup>. La tesis VIII se encuentra en el marco de la lucha contra el fascismo, pero la contraposición de estado de excepción como regla cotidiana y real estado de excepción, pone de manifiesto una concepción de la historia que no es lineal sino un permanente estado de excepción, un apocalipsis, que Benjamin ilustró en la famosa tesis IX en la que interpreta el cuadro de Paul Klee *Angelus Novus* del que dice que «Ha vuelto su rostro al pasado. Donde se *nos* aparece una cadena de sucesos, *él* ve una única catástrofe que incesantemente acumula escombros sobre escombros y se los lanza a sus pies. Él quiere detenerse, despertar a los muertos y juntar lo destrozado. Pero una ráfaga sopla desde el Paraíso, se ha enredado en sus alas y es tan fuerte que el ángel ya no las puede cerrar. Esta ráfaga lo empuja incesantemente hacia el futuro, al que él le vuelve las espaldas, mientras el montón de escombros crece ante él hasta el cielo. Lo que llamamos progreso es *esta* ráfaga»<sup>7</sup>. En uno de los apuntes preparatorios de la tesis escribió: «La catástrofe es el progreso, el progreso es la catástrofe. La catástrofe como el *continuum* de la historia»<sup>8</sup>. Este apocalipsis secularizado en que consiste el real estado de excepción tiene en Schmitt también una significación religiosa: «El estado de excepción tiene para la jurisprudencia una significación análoga a la que tiene el milagro para la teología»<sup>9</sup>. La deuda de Benjamin a Schmitt se fundó en una concepción teológica del mundo, de la historia y de la política. Por encima de las diferencias que separan sus posiciones políticas, la teología política de Schmitt y la teología de la historia de Benjamin constituyen un horizonte complejo en el que los dos contemplan la modernidad y desde el cual sientan las medidas para su crítica.

Pero ¿qué significa modernidad para Schmitt y Benjamin? Schmitt nunca mencionó a Nietzsche, en tanto que Benjamin se ocupó con él repetidamente. Sin embargo, el clima en el que se perfiló esa crítica a la modernidad estuvo determinado por Nietzsche. Su estilo polémico «anticientífico»,

<sup>6</sup> Walter Benjamin, GS I, 1. P. 697.

<sup>7</sup> Walter Benjamin, op. cit., loc. Cit.

<sup>8</sup> Walter Benjamin, GS, I, 3 p. 1244.

<sup>9</sup> Carl Schmitt, Politische Theologie, p. 43.

su lenguaje «evangélico» y «poético» despertaron fuentes y hasta sarcásticas resistencias como la de Wilamowitz-Moellendorf con su artículo de intención destructiva sobre *El nacimiento de la tragedia...* y el aire triunfal con el que el filólogo clásico en nombre de la ciencia comprobó que el blanco de sus ataques había abandonado esa ciencia. Los adeptos posteriores a su muerte, imitadores de su gesto profético, contribuyeron a mantenerlo en un aislamiento del que Nietzsche mismo se quejó en vida. Sin embargo, precisamente sus dos obras más «acientíficas», esto es, *Así habló Zaratustra* y *El Anticristo* suscitaron la obra «científica» de mayor influencia en la interpretación de la modernidad, es a saber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1902) de Max Weber. En las últimas páginas de esa obra, Weber sugiere una valoración, con la que no quiere perturbar su «exposición puramente histórica». Sobre el capitalismo triunfante conjeturó: «Nadie sabe hoy aún quién habitará en el futuro esa casona y si al final de este tremendo desarrollo estarán profetas completamente nuevos o un poderoso renacimiento de antiguas ideas e ideales o si no —cuando ninguno de los dos— petrificación mecanizada, encubierta con una especie de crispado hacerse el importante. Entonces ciertamente, para los ‘últimos hombres’ de este desarrollo cultural podría devenir verdad la frase: ‘especialistas sin espíritu, hedonistas sin corazón: esta nada se imagina haber ascendido a una grada hasta ahora nunca lograda de la humanidad’»<sup>10</sup>. Los «últimos hombres» son una referencia al *Zaratustra* (§ 5) de Nietzsche, a los que no entienden «la anunciación del relámpago». Pero la referencia impone la pregunta: ¿por qué precisamente alude a esos «últimos hombres» incapaces de «la anunciación del relámpago»? Weber suprime el *pathos* de Nietzsche y describe en qué consiste esa incapacidad: «La creciente intelectualización y racionalización *no* significa pues un creciente conocimiento general de las condiciones de vida bajo las que se está, sino que significa algo diferente: el saber de que o la fe en que, si *sólo se quisiera*, se *pudiera* en cualquier momento enterarse de que en principio no hay poderes secretos incalculables que operan en ellas, de que más bien, en principio, se pueden *dominar* por *cálculo* todas las cosas. Pero eso significa: la desmiraculización del mundo. Ya no se puede acudir a medios mágicos, como lo hace el salvaje, para quien hay tales poderes, para dominar o suplicar a los espíritus, sino que los medios técnicos y el cálculo lo producen. Esto, ante todo, significa la intelectualización como tal»<sup>11</sup>. Esta observa-

<sup>10</sup> Max Weber *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus en Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tubinga, 1947, t. I, p. 204.

<sup>11</sup> Max Weber, *Wissenschaft als Beruf en Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, ed. J. Winckelmann, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tubinga, 1951, p. 578.

ción, hecha en su conferencia *La ciencia como profesión* (1917) no carecía de *pathos*, pero ya no el evangélico de Nietzsche, sino el del profesor que plantea el problema de su tarea como orientador en una situación irreversible, que parecía un callejón sin salida. Pues Weber no dedujo de esa pérdida de la capacidad de captar «la anunciación del relámpago» un retorno al estado natural del «buen salvaje» de Rousseau. Sus propuestas de salida de este callejón sin salida fueron ambiguas o malentendidas (la noción de carisma, por ejemplo), pero el análisis de la relación entre economía y religión neutralizó el tono acusatorio que Marx y Nietzsche habían dado a esas relaciones y complementó la descripción de la racionalización característica de la sociedad burguesa, que Hegel había puesto de relieve, con la determinación religiosa del fundamento de la sociedad occidental. La modernidad fue, dicho *grosso modo*, un problema «teológico». Carl Schmitt y Walter Benjamin comparten con Max Weber esta interpretación de la modernidad, pero le dan un acento diferente. Carl Schmitt la contempla en el marco de las «ideas filosófico-constitucionales» y amplía la correspondencia entre «estado de excepción» y «milagro»: «... la idea del Estado de derecho moderno se impuso con el deísmo, con una teología y una metafísica que expulsa del mundo al milagro y rechaza tanto la excepción que estatuye un quebrantamiento de las leyes naturales por una intervención inmediata contenida en el concepto de milagro como la intervención inmediata del soberano en el ordenamiento jurídico válido»<sup>12</sup>. Para Walter Benjamin no es el desarrollo de las ideas sobre el Estado de derecho moderno lo que condujo a esa expulsión del milagro, sino la primera guerra mundial y sus consecuencias sociales, que él resume con el concepto de «empobrecimiento de la experiencia». En su ensayo *Experiencia y pobreza* (hacia 1933) lamentó que en esa época ya no se acostumbra la transmisión de experiencias personales a la juventud y aseguró: «No, lo que es claro es que la experiencia está en baja cotización y eso en una generación que en 1914-1918 tuvo una de las más monstruosas experiencias de la historia universal... (la gente) no vino más rica sino más pobre de experiencia inmediata. Lo que diez años después se vertió en la marea de libros de guerra, fue algo completamente diferente de la experiencia que fluye de la boca al oído... Pues nunca se han desmentido tan laboriosamente las experiencias como las estratégicas por la guerra de trincheras, las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales por los detentadores del poder. Una generación que había ido a la escuela en el tranvía de mulas, se hallaba al aire libre en un paisaje en el que nada había quedado inalterado sino

<sup>12</sup> Carl Schmitt, *Politische Theologie*, p. 43.